

Teresa Martín Taffarel

Del tiempo y las sombras



Editorial Candaya
Candaya Poesía 11



Prólogo de José María Merino
Ilustraciones: Giordano Vaquero

ISBN 978-84-936007-8-5

128 págs. 13 €

LA AUTORA

Teresa Martín Taffarel nació en Buenos Aires, donde estudió Filología Hispánica, pero pasó su infancia entre dos pequeñas ciudades ribereñas de Entre Ríos, que dejaron una fuerte impronta en su geografía poética y sentimental. Así lo explica la propia Teresa:

“Nacida en Buenos Aires, capital del Río de la Plata, cuando tenía dos años mi familia se trasladó al interior y viví los años de mi infancia en dos ciudades que dejaron en mí las huellas de sus ríos. Primero Zárate, junto al Paraná. Después, Gualeguaychú, a orillas del río del mismo nombre. Allí quedó mi paraíso, mi "tiempo perdido", entre las barrancas del caudaloso Paraná y los murmullos del Gualeguaychú, en medio de los ceibos florecidos y las suaves cuchillas entrerrianas. Los primeros estudios sucedieron en una tierra luminosa, en una ciudad de juegos y dibujos, barcos y balsas con molinos y aljibes en jardines fragantes”

“En 1983 nos trasladamos a Barcelona, donde resido desde entonces. Mi actividad continúa orientada en el campo de la literatura y de la enseñanza. Imparto cursos, clases y conferencias en diversas instituciones, dirijo y colaboro en trabajos de creación literaria, realizo tareas editoriales y escribo.

Durante todo este tiempo han sucedido muchas cosas en el mundo y en mí. Algunos seres queridos se han ido para siempre y la luz de Buenos Aires es un recuerdo que me acompaña en todo momento y, aunque no he perdido mi acento ni las palabras de nuestro hablar, aunque los amores han seguido creciendo a la distancia, también es cierto que a fuerza de vivir, de querer y ser querida, he ido conociendo y amando a esta Barcelona donde ahora voy hilando mis interrogantes y cultivando, con la savia de esta tierra, los brotes que me traje al partir de mi tierra natal para emprender una nueva estación de la vida.



Hoy puedo decir que tengo dos patrias y que me siento entera en cada una de ellas con mis recuerdos, mi familia, mis amigos.

Se han tendido puentes dentro y fuera de mí, y uno de esos puentes es la literatura, que me ha permitido ir tejiendo la trama de mi vida con los hilos de la memoria, del lenguaje y de la creación”.

En Barcelona, Teresa Martín Taffarel es profesora de técnicas de escritura (cuento y poesía) y de formación literaria en la Escola d'Esriptura de l'Ateneu Barcelonès, en la Escuela de Escritores Alonso Quijano de Alcázar de San Juan (Ciudad Real) y en el Col·legi Oficial de Doctors i Llicenciats en Filosofia i Lletres de Catalunya, en las delegaciones de Tarragona, Lérida, Gerona y Baleares. Y de manera individualizada, tutoriza y orienta el trabajo creativo de jóvenes escritores. Se dedica también a actividades editoriales: edición de clásicos castellanos para la editorial Onda; corrección de estilo para el Círculo de Lectores. Cofundadora de la editorial Candaya.

Teresa Martín Taffarel coordina la colección “Abrapalabra”, de la editorial Octaedro, donde ha publicado dos libros de escritura creativa: *El tejido del cuento* (2001) y *Caminos de escritura* (2003). Es autora asimismo del ensayo *Vida, secretos y costumbres del mundo encantado de las Hadas* (Óptima, 2003).

Ha escrito además textos sobre lectura de los clásicos y la literatura española de los siglos XIX y XX, entre los que destacaremos los cuadernos críticos de la colección Clásicos de la editorial Onda sobre *El licenciado vidriero* y *La señora Cornelia* de Miguel de Cervantes, *El sombrero de tres picos* de Pedro Antonio de Alarcón, *Los Pazos de Ulloa* de Emilia Pardo Bazán, *El 19 de marzo y el 2 de mayo* de Benito Pérez Galdós y *Juanita La larga* de Juan Valera. Y se ha ocupado asimismo de autores relevantes de la literatura española contemporánea, entre los que citaremos sus lecturas críticas de Rafael Alberti (“El Paraná de Rafael Alberti”. Publicación del Consulado Argentino, n° 17, 1997), de Federico García Lorca (“Federico García Lorca en Buenos Aires”. Publicación del Consulado Argentino, n° 25) o su análisis sobre la narrativa de José María Merino (“*Las crónicas mestizas* de José M^a Merino. Una aventura múltiple”, Ediciones del Orto, 1977). Entre sus estudios de literatura

hispanoamericana citaremos: el cuaderno crítico sobre la narrativa de Rubén Darío (*Los diez mejores cuentos*. Editorial Onda), su estudio “Sobre el cuento argentino”, Publicación del Consulado Argentino, n° 22, 1997) y sus guías de lectura *Jorge Luis Borges. La escritura del mundo* (Fundación La Caixa, 1999) y *Trayectoria poética de Pablo Neruda* (Fundación La Caixa, 2004).

Pero, a pesar de su larga y reconocida trayectoria como profesora, ensayista y editora, Teresa Martín Taffarel -que concibe la poesía como “un rescate, una búsqueda interior, frente al borrador inacabado que parece ser todo lo que hacemos”- se siente sobre todo poeta, tal vez porque la poesía le ha permitido “ir tejiendo la trama de mi vida con los hilos de la memoria, del lenguaje y de la creación».

Tras *Las voces interiores* (San Pablo, 1995), *Mínimo equipaje* (Meteora, 2003) y *Lecciones de ausencia* (Candaya, 2005), *Del tiempo y las sombras* es su cuarto poemario publicado.

ALGUNOS COMENTARIOS CRÍTICOS SOBRE LA OBRA POÉTICA DE TERESA MARTÍN TAFFAREL

“Con una voz madura y dueña de las herramientas del oficio, Teresa Martín Taffarel emprende un largo viaje a las lejanas tierras de la memoria a través de las profundas aguas del tiempo. El “mínimo equipaje” del recuerdo le permite tender un puente poético en el tiempo y el espacio que une esas dos “orillas”. Y dicho puente está tejido con los hilos de la memoria y los trazos de un lenguaje simple y cargado de ternura.”

Matías Néspolo. *El Mundo*, 6 de enero de 2004.

“La argentina Teresa Martín Taffarel esparce, con un lenguaje sencillo, penas, huellas, inviernos, primaveras y recuerdos, muchos recuerdos, en un libro que muere y renace en cada página, con cada palabra, y que deja ver la desazón que produce el paso del tiempo”

R. F. Bermejo, *Babelia*, *El País* 20 de marzo de 2004.

“Teresa Martín Taffarel transcribe la memoria en verso, lo que quiere decir que la trasciende. Así, el porqué vital embrionario deja paso a un porqué estético que renueva los sonidos de la mejor literatura en lengua castellana. Poesía caja de resonancias, la de Teresa Martín, cargada de referencias (encontramos a Neruda, a Salinas, a Goytisolo, a Borges...), al servicio de una voz propia, verosímil y sincera”

Laura López Granell. *Atenea*, Primavera de 2004

Prólogo de José María Merino

Conculcando las leyes de la física, el ser humano es el único elemento del universo capaz de realizar el viaje en el tiempo, mediante ese artefacto impalpable que llamamos memoria, y que cuando se materializa en forma de poema consigue los desplazamientos más singulares y esclarecedores, más susceptibles de estimular la zona secreta donde razón e intuición se comunican, para suscitar esa emoción de la palabra poética que no se parece a ninguna otra. Además, si para los viajes posibles por el cosmos resulta imprescindible el recurso de la ciencia, la poesía, conducida con destreza, nos permite viajes que la ciencia no puede ni siquiera soñar, e incluso es capaz de meter el propio cosmos dentro de cada uno de nosotros. Teresa Martín Taffarel, en este poemario que titula *Del tiempo y las sombras*, lleva a cabo un viaje, a través de seis diferentes periplos, en el que la memoria expresa de lo pasado, de lo perdido, pero también de lo no registrado –“Te reconoces en cada página no escrita”– forma la sustancia central y el motivo de sus claves más sugerentes.

De las sombras se titula la primera parte: las sombras como testimonio y signo de lo huidizo, de lo evanescente, de lo irrecuperable. Las sombras de la noche –“Merodea la noche sedienta de viglias”–, pero también las sombras de nuestro propio paraje interior, de ese universo solitario que somos –“Pequeña geografía, el corazón”– en cuyas márgenes gravitan “océanos, orillas/ la copa de cristal y el cofre,/ y todos los adioses/ y todos los regresos”. La poeta, “con una corona de edades extinguidas”, celebra la inevitable entrega de las sustancias mortuorias, “donde las estaciones se suceden entre el amor y el duelo” porque la pérdida, sombra de lo vivido, envuelve todas las percepciones y obliga a “recluirse en cada gesto,/ y asumir la apariencia de la luz/ para orientar la soledad hacia la sombra”. Esta primera parte del poemario es pues una memoria de la sombra, un “temblor de anochecida”, una evocación de la ausencia y el silencio, que en poemarios anteriores fueron también materia inspiradora para ella.

En la segunda parte, *De la memoria*, hay un diálogo permanente de la poeta consigo misma para elucidar diversos signos que señalan la edad, ciertas experiencias inefables –dolorosas o de plenitud–, las palabras y los lugares desvanecidos. La poeta intenta “devanar los hilos sueltos de aquellos cobertores/ tejidos con paciencia” y dice, mostrando una intuición que tiene algo de conjuro: “Acaso el despertar sea todo sencillez/ y ya no tenga que querer obligarme a ser yo misma”. En este periplo sobre la memoria “se agotaron agendas y cuadernos/ con notas cotidianas y fechas en espera”: es un periodo de recapitulación, de reconstrucción de instantes y sensaciones. “Ahora quiero armar pieza por pieza este momento/ en que intento escribir mi biografía”, añade. Casi toda esta parte tiene un interlocutor: “Soy el lugar de tu sosiego,/ madura en lejanías”, dice la poeta, que va conformando una otredad propicia a veces a cierta melancolía: “Cuando mueran los últimos fulgores,/ tú serás sólo una alusión/ perdida entre las sombras”.

De la tierra se denomina la tercera parte del poemario, y en ella el viaje imaginario tiene un sentido jubiloso de comunicación, de comunión con el universo natural: “Concilio mi pulso con el latido orgánico/ y celebro las edades del mundo,/ protegida por los tegumentos de cada primavera”, desde la intensa percepción de lo evanescente del tiempo: “Acaricio ese olvido que cubrirá los campos/ y envolverá las piedras”. Muy a menudo, la mirada de la poeta se apropia de una imagen pasajera, encontrando en ese mundo natural un orden sorprendente –“Una ilusión de geometría ha encubierto el caos”–, un espacio

ajeno cargado de misteriosas incitaciones: “El desierto y el mar son/ una soledad ensimismada// y la noche respira/ como un cuerpo que ya no se recuerda”.

No es incoherente que a este espacio, dedicado a lo que pudiéramos llamar parajes terrestres, telúricos, suceda otro titulado *De la casa y el pueblo*. Desde esas sombras iniciales que abrieron el curso del poema, desde esa evocación de la memoria y de la tierra como lugar de comunión y escenario de lo efímero, “Al amparo de la casa habitada,/ junto a un ascua pequeña,/ el ayer se protege”. Y la casa, el pueblo, ponen el tiempo en hora, dan sentido concreto a las jornadas: “Levantarse a las ocho, razonar con el día/ y dejar en la alfombra unas manchas de sueño”. En este territorio de lo palpable aparecen los objetos cotidianos, paredes y fuentes, árboles y flores de la domesticidad, calles y mesas de nogal “aguardando otras fiestas de manteles y cantos”. Sin embargo, la sospecha de lo efímero, de lo transitorio, no decrece a lo largo de los poemas: “En este día hecho de puro instante/ se afirma la nostalgia de una perfección/ apenas presentida.// Tal vez suceda algo que parezca importante/ y que habrá que olvidar/ porque el olvido es la promesa de un tiempo/ abierto al exterminio de todos los recuerdos”. De forma que los últimos versos vuelven a anunciar la reanudación de ese viaje interior que motiva los rumbos del poemario: “Pero todos sabemos, sin quererlo,/ que habrá que hacerse de memorias nuevas/ para fundar el espacio de los sueños”.

La quinta parte del libro es, en este sentido, muy explícita: *Del andar* se titula. Un andar en el que el movimiento físico se hace metáfora del movimiento anímico: “Y seguimos el viaje,/ con los ojos vacíos/ y los labios callados,/ creyendo que alguien/ todavía/ nos aguarda”. Bastantes poemas de esta parte suelen estar precedidos por alusiones al tren, a diversos lugares concretos y muy distantes entre sí en el ámbito geográfico –La Mancha, Rieblas, Soria, Sierra Alta, Ermita de Santa María, pero también Paranacito, Médanos, Paraná...– y en ellos se ofrecen descripciones escuetas, casi apuntes, pequeños textos cercanos al *haiku*, que son como modos de sentir, bañados por ese espíritu de despojamiento y lejanía que impregna todo el poemario: “Dejemos que se olviden los andares/ y quede este dolor de perdurar”...

La parte final del libro, *De mi madre*, es también el ámbito donde la poeta encuentra cierta justificación a esa irremediable pérdida que el viaje temporal y vital llevan consigo. La evocación de la madre en momentos precisos, de sus atributos físicos, de sus gestos y de sus dones, expuestos en poemas cuyos últimos versos la recuerdan en relación con la propia poesía –“Quiso conocer el nombre secreto del aire, del silencio,/ el nombre de los sueños, de la noche// y se amparó a la lumbre del poema”– señala un punto de llegada, una estación del recuerdo cálidamente recordada, que aumenta la cercanía humana del tono general.

Desde la concisión expresiva y la intensidad en las imágenes, a partir de misteriosas sugerencias donde están muchas incógnitas profundas de lo que somos, sin abandonar nunca la voluntad de susurro, el estilo de Teresa Martín Taffarel nos ofrece un registro lírico lleno de delicadeza, que hace resonar dentro de nosotros la seguridad y permanencia de esas intuiciones que sólo es capaz de despertar la poesía verdadera.

ALGUNOS POEMAS DE *DEL TIEMPO Y LAS SOMBRAS*

Vienes del Sur,
de las mañanas,
del frío culpable de intemperies.

Eliges los inviernos y esperas
porque sabes que cada aniversario se mece entre las hojas
vigilando raíces congeladas.

No sé quién organizó las cosas.
No sé por qué me ha tocado este solar, este paisaje,
esta penumbra protectora,
la luz habitada de abandonos
y esta casa que respira ausencias.

No encuentro las constelaciones que guiaron mis pasos
cuando creía en los juegos del viento y en las voces del agua,
ni sé medir el tiempo de un océano.

Navego por esta corriente interminable y sé que me defienden
los ojos de vidas y de muertes que habitan en mi sangre.

Trato de ordenar los mensajes que rodean mis silencios.
Y persigo esa lágrima que no puedo llorar.
Que ya no puedo.

Aprenderé a cantar,
a cultivar rosales
y a recortar las hiedras de los muros.

Creo que cuidaré los nidos del alero,
juntaré violetas escondidas en las piedras
y encontraré la hoja más hermosa caída del árbol de mi calle.

Renaceré en el vuelo y en la nube de agosto,
me compraré un sombrero,
envolveré regalos.

Y seré otra vez, desde el principio,
la única imagen que me dejó el olvido